

CONMOCIÓN EN EUROPA

¿Qué dinámicas políticas a más largo plazo subyacen a los dramas actuales de la Eurozona? Tales dinámicas plantean, claramente, serios problemas analíticos, y exigen que prestemos atención tanto a la actual evolución de una entidad política supranacional sin un precedente real como a las diferentes trayectorias de los estados –todavía– inflexiblemente nacionales a los que engloba. Un intento en este sentido es El Viejo Nuevo Mundo de Perry Anderson, que continúa un estudio comparativo sobre la Europa precapitalista en dos obras muy anteriores, Transiciones de la antigüedad al feudalismo y El Estado absolutista (ambos publicados en Siglo XXI de España), con reflexiones sobre el continente en un momento culminante del dominio burgués, en vísperas de la crisis que ahora atenaza a la UE. Para ampliar el debate sobre la naturaleza de las tensiones institucionales dentro de la Unión, y el trasfondo histórico de estas, publicamos aquí un simposio crítico en tres partes sobre dicho libro. En él participan el europeísta estadounidense Philippe Schmitter, profesor emérito en Florencia; el jurista francés Alain Supiot, autor principal de Beyond Employment (1999) y encargado por la UE de investigar la reforma del derecho laboral; y el alemán Jan-Werner Müller, experto en ciencias políticas, que ha escrito importantes estudios sobre el escenario intelectual de su país. El simposio va seguido de una respuesta de Anderson y un ensayo independiente de Wolfgang Streeck, quien sitúa la turbulencia de la Eurozona dentro de las contradicciones más profundas del capitalismo democrático analizadas por él mismo en la NLR 71. Las cuestiones planteadas en estas intervenciones –la incoherencia institucional de la Unión; las disparidades económicas entre los miembros del norte y los del sur; el abismo político entre las elites y las clases populares; las pretensiones subimperiales de sus políticas regionales– seguirán atormentando a la nueva Europa, con independencia de que consiga o no solucionar las emergencias inmediatas de su unión monetaria. Esta zona, que ayer mismo se congratulaba de combinar prosperidad, civismo y democracia en una síntesis que ninguna otra región de la tierra lograba igualar; se ha convertido en un peligro para la estabilidad mundial del capital; y ni aliados ni rivales en el dominio del planeta la contemplan con envidia, sino con ansiedad.

PHILIPPE SCHMITTER

CÓMO CLASIFICAR UNA ANOMALÍA

El Nuevo Viejo Mundo de Perry Anderson es lo que los franceses denominarían *une brique*, dando a entender que un libro así de amplio (nada menos que toda la historia de Europa como región), así de erudito (574 notas bibliográficas en cinco idiomas), y así de largo (560 páginas) podría correr el riesgo de convertirse en tope de puerta en lugar de destacado volumen en la estantería de un estudioso¹. Sin duda, Anderson ha producido una obra magna, pero ¿cómo va a ser utilizada, y por quién? Su primera frase parece reconocer la dificultad: «A medida que Europa se ha ido integrando, también se ha ido haciendo más difícil escribir sobre ella». La respuesta es la de abordarlo (casi) todo: desde los antecedentes en la historia de la Ilustración a los posibles resultados de las actuales dificultades económicas y geopolíticas dentro de la Unión Europea.

El método que Anderson utiliza en los capítulos analíticos que enmarcan *El Nuevo Viejo Mundo* —empezando por los «Orígenes», los «Resultados», las «Teorías» y concluyendo con «Antecedentes» y «Pronósticos»— es el de revisar críticamente, de manera secuencial y extensiva, el trabajo de historiadores, científicos políticos, sociólogos y economistas que han escrito sobre Europa y sobre la integración europea, aportando breves síntesis propias al final de cada uno. Los estudios nacionales sobre Francia, Alemania, Italia, Chipre y Turquía² no se basan sólo en unas cuantas obras fundamentales, sino en una serie de libros, panfletos, ensayos y artículos escritos por especialistas, periodistas y políticos a lo largo de periodos de tiempo distintos, aunque recientes, resultado del hecho de que las versiones originales de la mayoría de los capítulos fuesen ensayos-recensiones, publicados a lo largo de unos diez años en *London Review of Books* o en

¹ El índice de autores de la edición original (no hay índice temático) contiene casi 2.000 citas. Perry Anderson, *El Nuevo Viejo Mundo*, Madrid, Akal, 2012 [ed. orig.: *The New Old World*, Londres y Nueva York, Verso, 2009].

² Anderson no solo omite un capítulo sobre su propio país, Reino Unido, sino que también hace relativamente pocas referencias a académicos e intelectuales británicos en este esfuerzo por lo demás extenso. Descarta lacónicamente lo sucesos acaecidos en Reino Unido desde la caída de Thatcher calificándolos «de poca importancia», pero no dice nada respecto al mérito relativo de las aportaciones hechas por estudiosos británicos acerca de los asuntos de la Unión Europea.

estas páginas. Sin embargo, los pocos anacronismos apenas se perciben, porque Anderson demuestra una extraordinaria capacidad para determinar los temas generales y tejer en torno a ellos una congruente historia intelectual. Dudo que haya un lector de estos capítulos, por muy versado que esté en cualquiera de los temas o de los países, que no descubra una fuente poco conocida o establezca una conexión original entre ellos. Pero otros estarán más preparados que yo para revisar estos aspectos de la obra de Anderson. Yo no me centro aquí en lo que los lectores puedan aprender de ella, sino por qué la van a leer y cómo la van a utilizar. Sospecho que dependerá mucho de dónde coloquen el libro.

La categoría más obvia en la que podría incluirse *El Nuevo Viejo Mundo* sería en un estante con la etiqueta «Tratados sobre la historia contemporánea de la integración europea», más o menos entre otros dos *briques* que Anderson reseña extensamente, *The Reconstruction of Western Europe, 1945-1951* de Alan Milward, y *European Integration, 1950-2003*, de John Gillingham³. Sería lamentable. Posteriores evoluciones han convertido en una burla la afirmación hecha por Milward de que la integración europea estaba pensada para «rescatar el Estado-nación», y seguiría confinada a eso. Al basarse exclusivamente en declaraciones oficiales y documentos de políticos nacionales, olvidando por completo los esfuerzos de Jean Monnet y las «Vidas y enseñanzas de los santos europeos»; al rechazar sumariamente todas las teorías «neofuncionalistas» sobre las potenciales interdependencias, las fuerzas organizativas emergentes y las consecuencias imprevistas; y al insistir exclusivamente en la influencia de la política interior y los resultados electorales, el enfoque de Milward ha inspirado poca investigación posterior. El largo estudio de Gillingham, aunque más colorido, amplio e interdisciplinar que el de Milward, es tan estridentemente ideológico acerca de adónde debería conducir el proceso de integración (y desdeñoso respecto a donde ha conducido) que es probable que sólo los admiradores de convicción hayekiana y ordoliberal hagan uso de él. Esperemos que *El Nuevo Viejo Mundo* encuentre un lugar más duradero y destacado que cualquiera de ellos en las estanterías y en el trabajo de quienes estudian la UE.

Anderson se muestra oportunamente crítico con ambas obras, aunque más con la segunda que con la primera; pero su enfoque sí refleja dos temas, un tanto contradictorios, contenidos en ellas: de Milward, la importancia de incluir los conflictos de clase infranacionales, no sólo las rivalidades y las amenazas internacionales; y de Gillingham, la influencia de los ideales y las ideologías transnacionales. Por decirlo en términos disciplinarios más ortodoxos, el análisis de la integración europea no puede dejarse exclusivamente en el ámbito de las relaciones internacionales, sino que necesita aportaciones de la sociología y las ciencias políticas. Asimismo, el curso de la integración europea no puede explicarse (ni predecirse) exclusiva-

³ Anderson dedica su libro a la memoria de Alan Milward, aunque observa que las obras de ambos son muy diferentes entre sí.

mente sobre la base de intereses objetivos, sino que dependerá también de concepciones —«visiones»— subjetivas acerca de dónde ha ido y adónde debería ir el proceso.

Trasladar *El Nuevo Viejo Mundo* al estante de las Relaciones Internacionales podría darle una vida media más larga, aunque sólo sea porque hay más estudiosos trabajando sobre la UE desde esta perspectiva. Casi todos sus compañeros serán estadounidenses, pero entre ellos se incluyen unos cuantos europeos, como Anderson, que enseñan en universidades estadounidenses. Aquí sus vecinos inmediatos podrían ser otros dos *briques*; *The Uniting of Europe*, de Ernst Haas, y *The Choice for Europe*, de Andrew Moravcsik. Escritos con treinta años de diferencia, ambos ofrecen al lector un enfoque menos descriptivo-histórico y más científico-social y, con él, el potencial de ser utilizados por estudiosos de diferentes disciplinas, interesados por diferentes momentos del proceso de integración. Anderson atribuye a la obra de Haas el haber sido el paradigma dominante durante un cuarto de siglo, tras su publicación en 1958, pero parece considerar que en algunos aspectos ha sido desaprobada por Milward. De hecho, desde la expansión del alcance y la autoridad de la UE a mediados de la década de 1980, como resultado del Acta Única Europea, se ha renovado el interés por el enfoque neofuncionalista de Haas; e incluso más desde la unificación monetaria, que bien podría describirse como la «madre de todos los desbordamientos». Ulteriormente, el repetido énfasis de Anderson en la consecuencia inesperada y el desequilibrio dinámico podría incluso interpretarse como una reapropiación (no reconocida) del neofuncionalismo. Lo cual me lleva a pensar que probablemente no le importaría tener las obras de Haas y sus sucesores como compañeros de estantería inmediatos a derecha o izquierda⁴.

El otro potencial vecino de estantería, Andrew Moravcsik, es objeto de una inspección mucho más estricta y prolongada. Anderson identifica su obra, correctamente, como el producto híbrido de dos escuelas de ciencias políticas claramente estadounidenses: el «neorrealismo» de las relaciones internacionales y la «elección racional» de la denominada teoría política positiva. La lectura de la devastadora crítica, que confieso compartir, lo acerca a uno más que cualquier otra parte del libro a descubrir cuál puede ser el propio paradigma de Anderson. Moravcsik le proporciona un complemento casi perfecto: una condensación del opuesto de cómo debería proceder un estudio sobre la integración europea. En primer lugar, la UE no debe considerarse meramente otro régimen intergubernamental o internacional, cuya trayectoria está determinada exclusivamente por los intereses nacionales y las capacidades de poder relativas de sus países miembros. Ya ha adquirido, quizá de manera irrevocable, las características de una

⁴ Debo confesar que mantengo un conflicto de intereses intelectual porque en otro tiempo fui alumno de Haas y sigo convencido de la importancia de su enfoque. Véase mi artículo titulado «Neo-Neo-Functionalism», en Antje Wiener y Thomas Diez (eds.), *European Integrations Theory*, Oxford, 2004.

entidad política, en la que otros muchos actores tienen acceso e influencia. En segundo lugar, la UE no puede reducirse a una sola «esencia», y mucho menos a su «función reductora de los costes de transacción», como afirma Moravcsik⁵. Ha tenido diversas «esencias» a lo largo del tiempo, pero facilitar el comercio entre los países miembros nunca ha sido la dominante.

En tercer lugar, los países miembros pueden pensar que sus decisiones son racionales y de conformidad con los intereses nacionales, y que pueden controlar todo aquello que resulte de ellas. Pero cometen errores continuamente, y estos producen graves consecuencias inesperadas; con frecuencia comprenden que deben ajustar sus intereses de manera acorde. Cuarto, el curso de la integración europea ha estado marcado por una serie de «pactos grandiosos» (principalmente tratados), pero las motivaciones para alcanzarlos y los resultados que han producido no estaban guiados exclusivamente por intereses económicos materiales; por el contrario, cálculos geopolíticos, objetivos de bienestar social, doctrinas económicas liberales e incluso aspiraciones idealistas han influido mucho en diferentes momentos. Quinto, la mayoría de las principales instituciones de la UE –Comisión, Parlamento, Tribunal de Justicia– ni siquiera existirían, mucho menos serían importantes, si los países miembros meramente buscaran su deseo racional de reducir los costes de las transacciones comerciales. Una simple área de libre comercio, como el TLCAN, habría bastado.

En estas observaciones críticas, Anderson insinúa, pero por desgracia no desarrolla, un paradigma muy distinto, que empezaría con la inestabilidad y la imprevisibilidad fundamentales de un experimento tan novedoso, y la inevitable mezcla de actores con fines distintos; y después seguiría con una explicación de los inevitables errores de cálculo y las consecuencias involuntarias así provocadas. Anderson capta con elocuencia el primer momento:

Uno de los objetivos fundamentales de la construcción de la Comunidad Europea fue evitar que se volvieran a repetir en el Viejo Mundo. Pero se levantó un edificio sin precedentes, los arquitectos nunca llegaron a ponerse de acuerdo, la estructura tenía un diseño muy complejo y el proceso de construcción se prolongó más allá de la duración de cualquier gobierno. ¿Cómo no iba a ser el proceso de integración un campo minado de errores de cálculo?⁶

Este podría ser el vistazo más perspicaz acerca de cuál ha sido el proceso de integración europea hasta el momento; pero se queda sólo en eso.

⁵ Andrew Moravcsik, «Preferences and Power in the European Community», *Journal of Common Market Studies* 31, 4 (diciembre de 1993), p. 508. Como alguien que ha tenido la desgracia de tratar con la extraordinariamente compleja y exigente eurocracia, me parece ridículo imaginar que fuese diseñada para reducir los costes de las transacciones. Por el contrario, ha añadido una capa de costes supranacionales aún más pesados que los de las administraciones nacionales y subnacionales de Europa.

⁶ P. Anderson, *El Nuevo Viejo Mundo*, cit., p. 102.

El leviatán regulador

Sospecho que si le dejasen elegir, Anderson preferiría el estante de la Política Pública Comparada al de las Relaciones Internacionales, y las obras de Giandomenico Majone como compañeras. En *Regulating Europe* (1996) y *Dilemmas of European Integration: The Ambiguities and Pitfalls of Integration by Stealth* (2005), así como en numerosos artículos, Majone ha teorizado de manera atractiva sobre la evolución política, en todos los niveles de autoridad, hacia el desarrollo de un Estado regulador. La UE es simplemente la culminación de este proceso genérico por el cual los imperativos de la eficiencia económica en condiciones de competencia capitalista obligan a los actores políticos a delegar poder en organismos compuestos por expertos, independientes de los partidos políticos o de la interferencia legislativa. Esta evolución empezó en Estados Unidos hacia finales del siglo XIX y ha tardado bastante en llegar a Europa occidental, donde las políticas de redistribución de la renta y nacionalización estaban más firmemente instaladas. Incluso la CEE inicial tenía alguna de estas formas de distorsión política (véase la Política Agrícola Común), pero en la década de 1980 y con el Acta Única Europea, la UE llegó a reconocer su destino de «organización política reguladora». De hecho, la UE es una versión exagerada de esta forma política, porque no puede dejarse tentar por la capacidad independiente de cobrar impuestos ni por la capacidad militar coercitiva para adoptar estrategias alternativas de redistribución o nacionalización. A todo lo que los eurócratas de Bruselas pueden aspirar es a ampliar su control regulador a nuevas áreas, produciendo en el proceso un *acquis* de unas 90.000 páginas de directivas.

Anderson está favorablemente impresionado por el fondo y el alcance del argumento de Majone. Saca a la UE de su caja *sui generis* y la coloca dentro de un patrón integral de evolución política, o como él dice, en «un eficaz apogeo de transformación universal». Por desgracia, sin embargo, la UE ha excedido su mandato funcional y se ha involucrado en materias que «no deberían ser asunto suyo». La unificación monetaria puede haber sido disfrazada de una pura cuestión de eficacia y deliberación entre expertos, pero estaba destinada a generar consecuencias mucho mayores y más desiguales que el tipo de reglamentación que Majone considera beneficiosa para todos. Cierta redistribución entre países ricos y pobres ha sido durante mucho tiempo un rasgo de una Europa integradora: véase la Política Agrícola Común, los fondos estructurales y los fondos de cohesión, cuya importancia aumentó enormemente con la ampliación al sur y al este. Pero tras la implicación en una cooperación permanente con la vigilancia, por no mencionar la política exterior y de seguridad común, el ejército y la intervención «humanitaria», las discusiones sobre el establecimiento de requisitos comunes para otorgar visado y asilo, las negociaciones referentes a las políticas de energía y transporte comunes y, por supuesto, el fracasado esfuerzo para ratificar una constitución común, ya no puede describirse como un mero Estado, ni siquiera un régimen, regulador.

La consecuencia ha sido una creciente «politización» de las actividades de la UE que ha puesto en cuestión la tranquilizadora idea planteada por

Majone de que la toma de decisiones «no mayoritaria» entre tecnócratas ilustrados, independientes y promotores del crecimiento bastaría para legitimar la existencia de la misma. Anderson es plenamente consciente de esta tensión, como él la llama; pero no la resuelve, o no es capaz de resolverla. La deducción está clara, como ocurrió antes con el análisis ideológico de Gillingham. La Unión Europea debería contraerse. Tiene que librarse de miembros o de tareas. Aquellos miembros que permanezcan deberían contentarse con el potencial de regulación limitado de la UE, o deberían desmantelar todos estos esfuerzos y retirarse a un área de libre comercio puramente guiada por el mercado. Anderson no parece creer que ninguna de estas opciones sea posible, ni deseable, aunque el lector tiene que esperar a los pronósticos de la conclusión para descubrirlo.

Queda otro estante: la Política Europea Comparada. Como ya hemos señalado, el extenso segmento intermedio de *El Nuevo Viejo Mundo* está compuesto por cinco capítulos «nacionales», cada uno de los cuales contiene un análisis sincrético de los acontecimientos políticos en Francia, Alemania e Italia en el núcleo, y de Chipre y Turquía en el este. A pesar de lo ilustrativos que son los estudios por país, no estoy seguro de que nadie vaya a comprar el libro con el fin exclusivo de leerlos. Aprendí mucho de cada uno, en especial los dedicados a Francia y Turquía; pero no he logrado comprender su relación con los capítulos más analíticos del principio y el final, dedicados a la integración europea. No sólo difieren considerablemente en contenido y longitud —el francés es una estimulante crítica en dos partes a la vida intelectual durante las pasadas décadas; el turco, un *tour de force* de la historia política del siglo xx—, sino que ambos se ocupan más de los asuntos internos que de las cuestiones regionales de dónde ha estado y adónde se dirige el Viejo Mundo.

¿Consecuencias inesperadas?

«¿Dónde está entonces [...] la Unión Europea?» Por el momento, Anderson le ha enseñado al lector dónde no está. La UE no es un régimen intergubernamental, *pace* Moravcsik. No es sólo un área de libre comercio, *pace* Gillingham, ni un Estado regulador, *pace* Majone. Ya no es un instrumento del capitalismo coordinado, *pace* Barry Eichengreen. No es un imperio, *pace* Jan Zielonka. No ha producido aún una sociedad europea ni ha sido conducida por ella, *pace* Neil Fligstein. Ha intentado convertirse en una entidad política federal y liberal-constitucional, pero ha fracasado, *pace* Larry Siedentop. Asimismo, definitivamente no es una democracia⁷. Por desgracia, aunque de manera poco sorprendente, Anderson no dispone

⁷ De nuevo, tengo que reconocer un conflicto de intereses. Anderson usa mi obra, en especial *How to Democratize the European Union ... and Why Bother*; Lanham, MD, 2000, en su análisis sobre la ausencia y la necesidad de democracia en la UE. El tratamiento que le da es favorable, pero me ofende que me trate de «demócrata radical». Me considero un demócrata precavido y sigiloso, en especial en mi trabajo sobre la UE.

de una rúbrica atractiva para la posición de la UE⁸. Todo lo que nos dice es que esta es precaria y que, en presencia de una gran crisis económica, y ante la ausencia de debate sobre respuestas alternativas a dicha crisis, la UE podría avanzar en «una dirección centrífuga o centrípeta». La Unión Europea puede haber tenido múltiples fines desde su fundación, pero en un momento dado, sostiene Anderson, solía haber cierto consenso acerca de lo que se pretendía alcanzar. Ya no es así: en la actualidad no tiene ninguna «finalidad político-moral» verosímil⁹.

Olvidémonos de una política exterior coherente e independiente o de un pacto social cohesivo y solidario. La visión de Europa como ámbito de una forma alternativa de «capitalismo social» ha quedado gravemente deslucida por la actual crisis y el desmantelamiento generalizado de los programas de seguridad social, por no mencionar la incapacidad de la UE para contribuir a la coordinación de las respuestas nacionales. Quizá la coincidencia acerca de la mejora de la protección medioambiental podría fomentar el acuerdo entre los gobernantes tecnocráticos de la región y sus temerosos ciudadanos. ¿Pero sería suficiente? ¿Y qué sería lo específicamente europeo de dicho objetivo? Para ser eficaz, tendría que extenderse fuera de los límites de la región. Ninguno de los demás candidatos a una función «definitiva» parece verosímil en este momento: Europa como protectora de la diversidad cultural; Europa como benévolo suministrador de poder blando en el mundo; Europa como socio leal, aunque insignificante, de Estados Unidos; Europa como centro de una nueva y asertiva identidad supranacional; Europa como baluarte contra el islam militante.

Entonces, en el ultimísimo párrafo, Anderson se acuerda de que la integración europea nunca ha estado guiada realmente por un consenso sobre los fines, sólo por una serie de arreglos momentáneos acerca de los medios que debían aplicarse colectivamente para alcanzar objetivos distintos y a veces dispares. En consecuencia, la obvia falta de propósito común que en la actualidad aflige a la UE y a sus países miembros puede resultar una «gracia salvadora» que genere consecuencias inesperadas, conflictos de intereses y divisiones ideológicas. Si la crisis dura lo suficiente y penetra con suficiente profundidad en la estructura de clases, el proceso de construir una nueva Europa a partir de la vieja podría recibir un ímpetu renovado. Nos esperan, advierte al lector, sorpresas nuevas y posiblemente mejores.

He disfrutado leyendo *El Nuevo Viejo Mundo* y he aprendido mucho con él. Ofrece suficiente material para cualquier persona interesada en la compleja política de la Europa contemporánea –nacional o supranacional– porque es producto de una formidable erudición especializada y de un

⁸ Es interesante, para mérito suyo, que Anderson no mencione ni una sola vez la etiqueta que muchos han aplicado últimamente a la UE: «un sistema de gobernanza de múltiples capas y policéntrico».

⁹ P. Anderson, *El Nuevo Viejo Mundo*, cit., pp. 517, 520.

discernimiento crítico. Pero parece improbable que, en el futuro, se convierta en una referencia «clásica» para los especialistas en la UE. No encaja bien en ninguno de los estantes convencionales, por lo que es difícil imaginar quién podría acudir a él con regularidad para elaborar una teoría o sustanciar un argumento. Hay en todo el libro importantes conceptos y generalizaciones, pero están escondidos tras las críticas de Anderson a especialistas más pretenciosos. El autor ha escogido su tema en un momento extraño. Es plenamente consciente de esta falta de «claridad de medios o fines», e intenta aprovecharlos al máximo en su conclusión, al predecir el resultado para Europa. Ciertamente, *El Nuevo Viejo Mundo* merece un trato honorable. Lo he colocado en una posición destacada en mi estante dedicado a la Teoría de la UE.

Sociología del Trabajo 75 **El trabajo del consumo**

NUEVA ÉPOCA
Primavera de 2012

Miriam A. Glucksman, Formaciones socioeconómicas de trabajo y el trabajo del consumo

Marcia de Paula Leite, Los desafíos actuales de la Sociología del Trabajo en América Latina

Jesús Oliva, Andoni Iso y Ricardo Feliú, Trabajo fluido y ciudad desigual. Los patios traseros de las economías creativas y del conocimiento

Antón Álvarez Ruiz, La introducción del teletrabajo en la administración general del Estado. Mejoras profesionales y personales

Antonio Santos Ortega y Paz Martín Martín, La juventud española en tiempos de crisis. Paro, vidas precarias y acción colectiva

Sergio González Begega y Holm-Detlev Köhler, Las relaciones laborales en la empresa transnacional. Una propuesta de marco analítico

Rafael Luque, Las Juntas de Reformas Sociales y el intervencionismo estatal en las relaciones laborales en Cataluña, 1900-1923



0210-8364-75
160 páginas